

- **LLUIS BASSETS.** Director adjunto de El País

LA EUROPA INVISIBLE



Ll. Bassets.

1. El día en que Europa se esfumó. El acuerdo final entre China y Estados Unidos en la Conferencia del Clima. La negociación de Turquía y Brasil con Irán sobre desarme nuclear. El FMI sustituye a la Comisión Europea en el rescate de las finanzas públicas europeas.
2. El Tratado de Lisboa entra en vigor: la década europea perdida. En Niza, diez años antes, se lanzó el proceso que ahora culmina. El fiasco de la Constitución.
3. La desunión europea: ampliación a 27 sin profundización. Vieja y Nueva Europa. Los efectos de la guerra de Bush.
4. Dos asignaturas pendientes y mal resueltas: las relaciones con Rusia y la candidatura de Turquía. El escudo antimisiles.
5. Muchas sillas para un poder cada vez más declinante. Los europeos en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y en el G20. El arma nuclear: los europeos en las negociaciones de no proliferación.
6. Sin demos europeo. También sin partidos verdaderamente europeos. Sin opinión pública ni medios de comunicación europeos. Unas elecciones europeas que no son europeas.
7. El desequilibrio entre las instituciones. El poder cada vez más limitado de la Comisión. El Consejo omnipotente. El Parlamento Europeo, cámara de ecos y de resonancias engañosas.
8. Regresan los viejos reflejos de política exterior. Reino Unido quiere resucitar la Commonwealth. Sarkozy lanza sus redes en el Mediterráneo y África. Alemania se despega y proyecta hacia el Rusia.
9. Transformación de los sistemas de partidos clásicos. Fragmentación e inestabilidad. Aparición de populismos antieuropeístas. Polarización política en torno a la inmigración a los impuestos y a Europa.
10. Europa bajo los efectos de la crisis económica. La reforma del Estado de bienestar. El gobierno económico del euro.

Los movimientos tectónicos pasan desapercibidos hasta el momento en que se produce el seísmo. Los cambios que está experimentando nuestro mundo en todos sus niveles, desde la economía globalizada hasta la demografía y, sobre

CURSO DE VERANO: "EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER". 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



todo, el reparto del poder, se han manifestado en todo su potencial, incluso conflictivo, en los últimos tres años, coincidiendo prácticamente con la crisis financiera que empezó en 2007 en Estados Unidos, con el final desastroso de la presidencia de George Bush y con la parálisis de nunca acabar de la Unión Europea, que ha arrastrado los pies en la resolución de sus conflictos institucionales —el reparto de poder, una vez más— hasta diciembre de 2009.

Estamos en un momento de grandes transformaciones geopolíticas que además tienen difícil y discutible traducción en una arquitectura internacional surgida del final de la Segunda Guerra Mundial y nunca actualizada a fondo, de acuerdo con las nuevas realidades. Pasamos de un mundo unipolar, en el que una sola superpotencia parecía organizar el mapa entero del planeta, a otro mundo multipolar, mucho más complejo, en el que son varias las potencias con vocación mundial en juego y han aparecido nuevos agentes globales, desde las multinacionales, sobre todo las grandes empresas tecnológicas como Google y Microsoft, hasta las instituciones internacionales, las ONGs o los grupos terroristas o las grandes organizaciones del crimen sin fronteras.

Los nuevos conflictos y pugnas ya no se darán obligadamente en el futuro entre potencias regionales o mundiales, sino entre nuevos agentes globales de distinto orden. Un buen ejemplo es el contencioso entre la superpotencia geopolítica china y la superpotencia tecnológica y bursátil Google. No es difícil imaginar una guerra cibernética entre agentes internacionales informales, como una mafia y una empresa tecnológica.

La Unión Europea es una de las grandes instituciones internacionales que cuenta en este nuevo panorama. Sobre todo en cuestiones comerciales, en asuntos de regulación de la competencia, y en cooperación y ayuda humanitaria, asuntos en los que es una auténtica superpotencia. Pero cuenta poco políticamente. En todo caso cuenta mucho menos de lo que se esperaba de ella, de lo que esperábamos los europeos europeístas y de lo que los Estados socios e incluso el conjunto de la comunidad internacional preveían.

Una de las razones de su poca visibilidad radica en la fragmentación de sus representaciones en unas instituciones internacionales que se hallan en fase de transformación. La UE tiene dos sillas permanentes en el Consejo de Seguridad y hay un país, Alemania, que aspira legítimamente a ocupar una silla en una futura ampliación en la que hay que incluir a Brasil, India y algún país africano. Mucho más nutrida es su representación en el G20, ahora mismo el foro de gobernanza económica mundial más importante, reunido ya en cuatro ocasiones desde que empezó la crisis y que ha venido a sustituir ya definitivamente al G8 en estas funciones. Es evidente que la ausencia de una silla única europea en estas instancias es un factor de invisibilidad y también de debilidad objetiva en el que se expresa perfectamente el drama político europeo: cada país por su cuenta apenas tiene peso internacional, pero nadie quiere renunciar a su escaso y decreciente peso a favor de una sola voz y un solo voto mucho más potente y capaz incluso de liderar con Estados Unidos el conjunto del planeta.

Un momento decisivo en el que se ha comprobado cómo las gasta este nuevo reparto de relaciones de poder en el mundo ha sido la Conferencia del Clima de Copenhague, en diciembre pasado. En ella ni la Unión Europea ni los principales países comprometidos con el proceso, como es el caso de Alemania, y menos todavía sus dirigentes, caso de la canciller Angela Merkel, han jugado papel alguno en las conclusiones y resolución final acordada por China y Estados Unidos con la complicidad de India y Brasil. Para Merkel, llamada hasta entonces la canciller del Clima, ha sido un revés tangible y a la vez simbólico, en el que se expresa el enorme fracaso cosechado por quienes más habían combatido para conseguir una revisión del tratado de Kyoto que significara compromisos concretos en recorte de emisiones por parte de todos.

Europa es poco visible en las instituciones y en el nuevo paisaje político, pero es muy visible en otro paisaje, el de la crisis, y no por buenas razones. La crisis ahora es fundamentalmente europea, y no es únicamente económica y coyuntural, sino social, política, cultural e institucional. El Grupo de Reflexión sobre el futuro de Europa, presidido por Felipe González, la ha sintetizado con estas palabras de tintes sombríos. Nos encontramos con “una crisis económica global; Estados al rescate de banqueros; envejecimiento demográfico que afecta a la competitividad y al Estado de bienestar; competencia a la baja en costes y salarios; amenaza de cambio climático; dependencia de unas importaciones de energía cada vez más cara y escasa; o desplazamiento hacia Asia de la producción y el ahorro”, además de amenazas advertidas mucho antes como el “terrorismo, el crimen organizado o la proliferación de armas de destrucción masiva”.

CURSO DE VERANO: “EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER”. 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



LLUÍS BASSETS

Según esta pintura, Europa crecerá menos que el resto del mundo, disminuirá su peso mundial en términos demográficos y de PIB, quedará rezagada en creatividad e innovación tecnológica. Sus necesidades de energía seguirán creciendo, incluso con mejoras en el ahorro y en la eficiencia. Lo mismo sucederá con la dependencia del petróleo, que seguirá representando un 80 por ciento de la oferta a pesar del incremento de las energías alternativas.

Esta crisis europea se puede analizar a partir de varios substratos o capas, que van desde lo más formal, como son los tratados y las instituciones, tal como ya he apuntado al iniciar hoy mi charla, hasta lo más enraizado en las creencias de los ciudadanos, como son los valores e ideologías. Pues bien, el primero y más elemental de los substratos con que tropezamos sólo abrir el periódico cada día, corresponde precisamente a la destrucción de aquel viejo orden westfaliano de los Estados nación, un proceso que empezó hace muchos años y ha ido encontrando mal que bien sus alternativas en instituciones como la Unión Europea. Entonces, es decir, ahora, hemos podido comprobar hasta qué punto esta crisis responde a la definición de crisis: puesto que el viejo orden, totalmente obsoleto, no quiere desaparecer pero no hay forma de que una nueva organización de las cosas venga a sustituirlo.

Los viejos estados ya no sirven y las nuevas organizaciones tampoco. Asaltados por la tempestad de la crisis económica y situados en una deriva de incierto futuro, los europeos no tenemos fuerza, ni convicción, ni voluntad suficientes para navegar por nosotros mismos como tales en nuestra Unión, pero tampoco hay posibilidad alguna de regresar al pasado y reinstalarnos en el mundo global exclusivamente como alemanes, franceses o españoles.

La primera crisis, pues, corresponde a las modificaciones gigantescas en el orden geopolítico mundial, que han convertido el viejo orden formado por naciones soberanas, organizadas en torno al mundo bipolar de la Guerra Fría, en un nuevo orden multipolar.

En este nuevo paisaje, la primera observación que cabe realizar respecto al papel y al peso de Europa es que se trata de un continente y de un conjunto de países en abierto declive. Un declive que como ya hemos visto no es tan sólo económico y político. En su base se halla una demografía decreciente, el envejecimiento de su población, y por supuesto una pérdida de riqueza relativa en comparación con el resto del planeta.

Este es un fenómeno que alcanza a toda Europa y América del Norte, es decir, Canadá y Estados Unidos, y que ha sido descrito recientemente por Jack Goldstone en un artículo de referencia titulado La Nueva Bomba de Población. Las cuatro grandes tendencias que cambiarán el mundo, que el autor del artículo describe como sigue: 1.- la pérdida de peso demográfico del mundo desarrollado con el correspondiente cambio de centro económico del planeta; 2.- el envejecimiento y declive de la fuerza de trabajo de los países desarrollados, con el correspondiente aumento de demanda de mano de obra inmigrante; 3.- la concentración del crecimiento en los países emergentes, de población más joven, pobre, y en gran parte de religión islámica; y 4.- la urbanización masiva del planeta, con la correspondiente aparición de unas nuevas y extensas clases medias, con gran capacidad de consumo y con nuevas y acuciantes necesidades en salud, educación e infraestructuras que requerirán inversiones gigantescas.

Para que nos hagamos una idea de lo que está sucediendo, Europa está regresando en cuanto a demografía y riqueza a las proporciones relativas que tenía en la época preindustrial. En 2050 lo que llamamos mundo occidental significará en población el 12 por ciento del planeta: a principios del XIX era incluso superior, el 20 por ciento. En riqueza, el PIB occidental será inferior al 30 por ciento mundial, inferior al de principios del siglo XX, en el que se llegó a alcanzar hasta el 68 por ciento justo en 1950.

Nuestro continente se encoge a toda velocidad en relación al tamaño del resto del planeta, pero no sólo en habitantes y en riqueza, también en recursos, en poder y en influencia.

No es pues un declive únicamente cuantitativo. En su conjunto, nos podemos consolar estadísticamente porque Europa sigue siendo la primera potencia económica y comercial del mundo, el primer donante de ayuda al desarrollo y el mejor y mayor ejemplo de soft power o poder blando de la historia de la humanidad. Pero hay que matizar que incluso estas cifras y estas observaciones pertenecen a la época en que la Unión Europea se hallaba todavía en una fase de expansión y de una transformación que empezó con la firma del Tratado de Roma y no ha cesado hasta ayer mismo.

En el momento en que nos adentramos en una crisis económica de profundidad insondable incluso estos parámetros habrá que empezar a poner en duda, sobre todo si comparamos el débil crecimiento de la economía europea previsto

.....

CURSO DE VERANO: "EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER". 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



para el conjunto de 2010 de un 0'9 por ciento, con el buen ritmo del 2'8 recuperado por Estados Unidos y con el 11'9 de la efervescente economía china. Sin contar con el endeudamiento y el nivel de los déficits de los países occidentales, encabezados por Estados Unidos, que nos convierte además en buena parte en dependientes de la financiación de nuestros agujeros fiscales a través del ahorro de países como China.

Ha pasado ya la época en que todavía políticos e intelectuales de prestigio, consideraban que la UE podía ser la superpotencia del siglo XXI. El proyecto neocon de mantener en el siglo XXI la hegemonía norteamericana, expresado incluso en el nombre de uno de sus principales think tanks, el Project for an American Century pasaba, entre otras cosas, por una estrategia de división y debilitamiento de Europa, que fue debidamente desplegada sobre todo en los preparativos de la Guerra de Irak. Los neocons han sido desalojados del poder y su proyecto aparentemente no se ha materializado, aunque algunos analistas como George Friedman consideran, en su libro 'Los próximos cien años', que se están cumpliendo, incluso bajo la batuta de Barack Obama, buena parte de sus objetivos.

Pero lo que sí se ha producido ha sido la división de Europa y su renuncia probablemente definitiva a jugar en la primera división mundial como agente internacional. Y si ahora cayera el euro, además del efecto de debilitamiento a largo plazo que se produciría en todas sus economías, dejaría de actuar otro de los escasos mecanismos que confieren a la Unión Europea protagonismo, poder e influencia en la marcha del mundo. La renuncia europea al protagonismo global se produce así en un momento crucial, en un instante de tormenta perfecta y quizás de naufragio, en el que coinciden varios factores simultáneamente:

El primero es el relevo presidencial en Estados Unidos, con la instalación de una nueva administración más multilateralista y realista en política exterior, partidaria del llamado smart power o poder inteligente que combina la diplomacia con la dosis imprescindible de acción militar, pero no confía la resolución de los conflictos exclusivamente a la magnitud de la amenaza militar que puede exhibir Estados Unidos. Se halla en cuanto a actitud e ideología más próxima a los europeos, pero no en intereses, que le acercan mucho más a Asia y sobre todo al grupo de los países BRIC; y tampoco en sintonía personal del presidente con los políticos europeos. Barack Obama es probablemente el presidente norteamericano que tiene menos vinculaciones biográficas y sentimentales con el Viejo Continente de los últimos cien años.

El segundo factor es una consecuencia geopolítica de los cambios económicos y demográficos, como es la definitiva instalación de las nuevas potencias mundiales, los ya mencionados BRIC, en las mesas de negociación y resolución de conflictos y contenciosos: cambio climático, comercio mundial, desarme o no proliferación nuclear. El final de la primera década del siglo XXI es claramente el momento de su irrupción en la escena internacional. Su participación en los grandes foros mundiales ha desbordado en los últimos meses cualquier protagonismo europeo. El ejemplo más llamativo y mediático es el de Luis Inácio Lula da Silva, el presidente de Brasil que ha robado directamente el protagonismo de los europeos en Oriente Próximo y en las negociaciones sobre no proliferación con Irán. Pero si queremos localizar un ejemplo de protagonismo más de fondo bastará con referirnos a la creciente influencia de China en África y en América Latina, donde también ha sustituido la vieja influencia europea tan contaminada por el colonialismo, a través sobre todo de sus inversiones en obras públicas y de sus estrechas relaciones comerciales como comprador de materias primas.

El tercer factor es la culminación de la etapa de reformas institucionales con la que la Unión Europea ha pretendido adaptarse a las nuevas necesidades del mundo global. La aprobación del Tratado de Lisboa, después de un largo y tortuoso proceso que empezó con el proyecto frustrado de Constitución Europea, hace nada menos que diez años, ha sido presentada por los dirigentes de los 27 como el momento en que Europa finalmente contaría con los instrumentos para ocupar el lugar que le corresponde en el escenario internacional; y se ha pretendido que con el nombramiento de los nuevos altos cargos europeos, diseñados por el nuevo Tratado, quedarían al fin superadas las dificultades de interlocución y protagonismo que impedía a los europeos participar con la fuerza que les corresponde en la concertación de las decisiones globales junto a las otras grandes potencias.

Todo este planteamiento se ha revelado falaz y pueril. Lo menos que puede decirse es que Europa va siempre con un Tratado de retraso. Lisboa llega demasiado tarde en un mundo que se mueve a toda velocidad, fruto sobre todo de la desgana y la pereza de los gobiernos europeos, ensimismados en sus problemas domésticos más cortoplacistas, sus

CURSO DE VERANO: "EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER". 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



LLUÍS BASSETS

peleas electorales para conservar sus pequeñas cuotas de poder e incapaces de levantar la mirada para observar lo que sucede en el mundo y las amenazas que se acercan por el horizonte.

Hay un problema de fondo, conocido desde hace años, pero que ahora ha estallado ya en toda su evidencia. No hay un demos, un pueblo democrático europeo. No lo ha habido nunca y tampoco se ha avanzado en ningún sentido en su construcción. En consonancia con este hecho, no hay tampoco partidos políticos auténticamente europeos, que se movilicen con un programa europeo común en el conjunto de la UE en cada convocatoria electoral para el Parlamento Europeo. Tampoco el Parlamento Europeo es un órgano de control de un gobierno, en el que se organizan la mayoría y la oposición. Todo esto complica mucho las cosas, porque confiere a toda la arquitectura europea un carácter ficticio e incluso falaz que contribuye al alejamiento de los ciudadanos y al desprestigio de la idea europea.

La inexistencia de una auténtica voluntad europea ha quedado demostrada sobre todo por el carácter y escaso peso político de los nombramientos de los nuevos altos cargos diseñados por el nuevo Tratado: el nuevo presidente del Consejo Europeo para dos años y medio, para el que fue elegido Herman Van Rompuy, ex primer ministro de Bélgica; en segundo lugar, el alto representante para la política exterior, el cargo que había ocupado Javier Solana en los últimos diez años, sustituido ahora por Catherine Ashton, una ex comisaria británica con escasa experiencia política y parlamentaria; y finalmente la renovación de José Manuel Durao Barroso, un político de la era Bush, como presidente de la Comisión. Los 27 son tan reacios a ceder soberanía que cuando realizan nombramientos buscan las personalidades más débiles y de menor protagonismo para conseguir así recuperar su margen de decisión cada vez que lo consideran conveniente.

En las reformas de los tratados de los últimos 20 años si algo ha quedado claro ha sido la voluntad de los gobiernos de laminar el papel de la Comisión Europea, que ha sido siempre el embrión de un ejecutivo europeo, para trasladar el peso de las decisiones políticas al Consejo Europeo formado por los jefes de estado y de gobierno. Esto se ha hecho incluso al precio de ampliar los márgenes de maniobra del Parlamento europeo, una institución peculiar, que no funciona en las coordenadas habituales alrededor de una mayoría de gobierno y de una oposición, no responde ante sus electores y actúa con mucha frecuencia como un parlamento irresponsable.

El despliegue de Lisboa y de sus instituciones, coincidiendo además con las altas expectativas creadas desde Madrid respecto al protagonismo de la presidencia semestral española de la UE, ha sido en realidad, incluso en el planteamiento de quienes lo diseñaron, los jefes de Estado de Gobierno de los 27, un auténtico parón europeo, que sólo ha quedado perturbado hasta convertirse en un semestre de emergencia por el poderoso embate de la crisis financiera y por la necesidad perentoria de tomar un abanico de medidas de urgencia que han constituido, curiosamente, el primer esbozo de gobierno económico del euro.

Tras la brusca y polémica ampliación última, que incorporó a diez nuevos socios de una tacada, y la aprobación del tratado de Lisboa, ha quedado claro que la UE ha entrado en una fase de estancamiento, en la que ya no habrá ampliaciones espectaculares: sólo está a la vista el ingreso de Croacia, aunque Islandia y Macedonia no pueden excluirse, todos ellos futuros socios de escasa relevancia y nula capacidad de reactivar el dinamismo europeo; ni mucho menos se vislumbran nuevas modificaciones en los tratados y en la arquitectura institucional, a pesar de que las amenazas sobre el euro obligarían a lo contrario, tal como ya han empezado a pedir los alemanes. Esa unión de hoy en día, que no alcanza ni siquiera el carácter de débil confederación de 27 países, está programada para funcionar a partir de ahora con lo que tiene, lo que hay, tanto en cuanto a limitaciones en las transferencias de soberanía como en cuanto a ingreso de países realmente significativos.

Las dos patas del éxito europeo de los últimos veinte años han sido el euro y las ampliaciones. La fábrica de prosperidad, paz y estabilidad ha funcionado gracias a estos dos mecanismos. El euro parece que está saliendo ahora del ojo del huracán, aunque no se puede descartar que regresen las turbulencias. Y hay cansancio de ampliación desde hace ya bastante tiempo hasta el punto de que muchos países, empezando por Francia, han colocado obstáculos de difícil superación para los futuros ingresos, como es la celebración de un referéndum. De ahí que son muchos quienes opinan que una Unión Europea dinámica, capaz de enfrentarse a los retos de los tiempos, sería la que fuera capaz de admitir en su seno a dos países absolutamente cruciales para abrirse al mundo y convertirse en agente global de primerísima línea, como son Ucrania y Turquía.

.....

CURSO DE VERANO: "EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER". 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:

Abrir las puertas al primero, con sus 80 millones de habitantes y su poderosa influencia en el mundo eslavo y rusófono, sería la apuesta estratégica por mantener la hegemonía sobre el continente, mientras que la actual parálisis conduce a que Rusia vaya creciendo en protagonismo y en un futuro no muy lejano en una hegemonía sobre los países occidentales basada en sus recursos energéticos. Abrir las puertas al segundo, Turquía, significaría un impulso todavía de mayor envergadura, pues a su capacidad de influencia sobre Oriente Próximo y sobre el mundo islámico se añadiría al extraordinario peso demográfico y económico, y al carácter emergente del país anatolio.

Las fuerzas que se oponen a los ingresos de ambos países pertenecen todas ellas al viejo mundo en trance de desaparecer. Las poblaciones de las antiguas potencias europeas, Francia y Alemania sobre todo, a las que les cuesta soportar un mundo sin su viejo protagonismo, les cuesta todavía mucho más perderlo en la arena europea; y sobre todo si es en manos de países a los que históricamente se ha considerado periféricos o incluso no europeos. Hay ante todo una cuestión de votos en las instituciones, que significan poder e influencia: Ucrania y Turquía anularían o superarían a todos los países grandes actuales de la UE en su representación en el Parlamento, en la Comisión y en el resto de instituciones; y sus necesidades de fondos estructurales desbordarían cualquier previsión presupuestaria actual. Pero hay también una cuestión cultural, especialmente en relación a Turquía: la oposición a su ingreso en la UE surge de la misma hostilidad al islam que quiere convertir la idea europea en una propiedad exclusiva y casi excluyente del cristianismo y convertir al conjunto del mundo árabe y musulmán en una alteridad absoluta en contra de la cual se construye la Europa de un comunitarismo occidental y cristiano disfrazado de ropajes laicos.

Todo ello es revelador de un fenómeno de mayor profundidad: Europa ya no tiene objetivos de futuro claros y compartidos por los 27, a diferencia de lo que ha sucedido durante sus 50 años anteriores de historia. La unión política es un objetivo de la Vieja Europa continental, al que no se han adherido realmente los nuevos socios, suscita creciente escepticismo entre los veteranos y está ya desapareciendo de las agendas y de los discursos. La continuación de los procesos de ampliación también suscita el desacuerdo de los grandes, sobre todo en relación a Ucrania y Turquía. De ahí el regreso de los viejos reflejos nacionales, sobre todo en política exterior, que hacen soñar al Reino Unido de David Cameron en una recuperación de la Commonwealth gracias al inglés y a las nuevas tecnologías, o a Sarkozy en una recuperación francesa de África y del Mediterráneo. O el protagonismo exterior alemán, intentando establecer relaciones con Rusia y China por su cuenta, en una demostración del nuevo bilateralismo europeo, que casual y paradójicamente aflora en el año en que la UE está instalando su Servicio Exterior Europeo.

Hemos visto, pues, como al relevo en la presidencia americana y la irrupción de los países llamados BRIC se añadían los cambios institucionales y la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, desde donde acabamos de desembocar, vía Turquía, en el cuarto de los factores que conforman la actual tormenta perfecta en la que nos encontramos y que nos hace temer por un naufragio europeo. Se trata directamente de la cristalización de una crisis largamente incubada que afecta a los valores e ideologías europeas.

Esta crisis tiene una primera vertiente interna, en Europa y en cada uno de los países hacia adentro, que se manifiesta en la creciente desafección de los ciudadanos hacia las instituciones políticas, la aparición de fuertes tendencias populistas y antipolíticas y la profunda erosión de las ideologías e incluso de los partidos que están en el origen de la idea europea y que han funcionado como los pilares de las democracias parlamentarias en el último siglo. Esta crisis alcanza incluso a la influencia de los grandes partidos europeos, la democracia cristiana y la socialdemocracia, que se han beneficiado durante decenios de sistemas bipartidistas y se enfrenta actualmente a una abierta fragmentación, incluso en países como Alemania o Reino Unido. Y se alimenta, naturalmente, del combustible que proporciona la propia globalización: el desempleo, los recortes en el estado de bienestar europeo, el miedo a la inmigración, los reflejos identitarios y nacionalistas o la corrupción política.

Pero esta crisis de valores e ideas tiene también una vertiente externa todavía más interesante. Ideologías y valores europeos son los que han modelado el mundo que conocemos. Se trata de una mercancía intelectual que hemos exportado desde la Ilustración con extraordinario éxito al resto del planeta, dejando una marca y una influencia que algunos han llegado a considerar definitiva. Pues bien, lo contrario es lo que está sucediendo. El ejemplo más evidente es el de China, donde se combina mercado y autoritarismo, capaz de convertir esta fórmula en sustitución del sueño americano como modelo de desarrollo para el resto del mundo. Este modelo chino y su poderosa influencia en Asia no se entenderían sin la fuerza ni el enraizamiento de un pensamiento tan conservador como el de Confucio, auténtica vacuna contra el individualismo occidental, que propugna ante todo la sumisión ante la autoridad establecida. Sobre la

CURSO DE VERANO: "EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER". 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



LLUÍS BASSETS

proyección de los valores europeos en el mundo, cabe imaginar que su peso e influencia tendrán una evolución similar a la que hemos visto en la demografía, en la riqueza o en la expansión de las clases medias, es decir, de declive progresivo.

El último y quinto factor de la tormenta perfecta es la crisis financiera, que empezó en el corazón del capitalismo, Wall Street y acaba de llegar en su última oleada a Europa, a través de la quiebra de la deuda soberana griega, que ha obligado a la Unión Europea, y en concreto a los 16 países del área euro a plantearse seriamente por primera vez la necesidad de un gobierno económico del euro.

La reacción europea ha sido lenta y mala. Tres meses han pasado desde que empezó a caer la calificación de la deuda griega y a subir su prima de riesgo hasta que la UE ha tomado las primeras medidas. Dos elecciones han obligado absurdamente a aplazar decisiones, entre otras razones porque el aplazamiento no ha servido para evitar los descabros que se temía. Las elecciones en Reino Unido obligaron a los 27 a aplazar la regulación de los fondos de riesgo, que tienen en la City de Londres uno de los mayores mercados mundiales, para no perjudicar a Gordon Brown. Las elecciones del land alemán de Renania del Norte–Westfalia obligaron a su vez a posponer cualquier compromiso alemán definitivo con la salvación financiera de Grecia, sin que Angela Merkel pudiera evitar la derrota de su partido y su coalición.

Tarde y mal, pero al final los países del euro han hecho tres cosas que significan un cambio radical de rumbo. Aprobar en primer lugar un paquete colosal de ayudas y créditos para Grecia y para quien lo necesite a continuación, por valor de 750.000 millones de euros y calculado ex profeso para evitar que un país del tamaño de España pudiera encontrarse en situación comprometida.

La segunda cosa que han hecho, en contrapartida a la primera, ha sido obligarse a un ejercicio súbito y drástico de reducción de los déficits públicos, endureciendo el pacto de Estabilidad y Crecimiento que firmaron con la creación del euro y preparando mecanismos de vigilancia y sanción insólitos hasta ahora, que si prosperan las propuestas alemanas pueden incluir multas, anulación de fondos estructurales y alcanzar incluso a la suspensión del derecho de voto.

Pero la más importante a largo plazo es la modificación en los comportamientos del Banco Central Europeo, que por primera vez en su historia ha salido de su esquema de vigilancia mecánica de la inflación y, más allá de la estabilidad del euro, se ha ocupado de la existencia del euro mismo. El banco emisor europeo ha utilizado por primera vez deuda sin buena calificación como garantías y ha hecho también compras de deuda de países en dificultades, cosas ambas que hasta ahora le estaba prohibido al banco que preside Jean—Claude Trichet. Hubiera sido absurdo que una aproximación doctrinaria y legalista a los tratados sobre el euro hubiera conducido a la muerte del euro, pero al final la realidad ha venido a corregir o a presionar por la corrección de los que no se había acordado en los tratados.

Hay que señalar que no son las decisiones más recientes de los dirigentes europeos las que nos han conducido a la invisibilidad, la irrelevancia o el naufragio. El reproche que se les puede hacer a los actuales líderes europeos es su falta de inteligencia, resolución y audacia para enfrentarse a la crisis como lo hicieron los líderes de la anterior generación cuando entró en barrena el entero sistema socialista y fue necesario organizar la nueva Europa unificada. Pero la siembra de la incapacidad actual la hicieron en parte aquellos dirigentes que supieron avanzar a partir de 1989 pero no tuvieron suficiente empuje, perspectiva y visión estratégica para diseñar mejor el camino del futuro.

El Tratado de Maastricht fue muy útil para emprender la unificación europea y lanzar el proyecto de moneda única como culminación del mercado interior europeo. Pero no hubo suficientes energías para avanzar en la unión política, como querían en aquel momento los alemanes, ni para diseñar una ampliación europea mejor asentada en el Mediterráneo, como queríamos los españoles. Sirvió para ensanchar el territorio de la UE, pero no para cohesionarla. Tampoco sirvieron los siguientes Tratados de Amsterdam y Niza, ni luego el Tratado de Lisboa para resolver el problema del gobierno económico del euro ni el problema mucho mayor que se esconde en su interior, el de la unión política que nos permita actuar hacia afuera como agentes en la escena global y hacia adentro realizar políticas de crecimiento y de cohesión.

Lo que está en juego no es tan sólo ni tan siquiera exactamente la visibilidad y el peso de Europa en el mundo, sino la visibilidad y el propio peso de Europa en Europa. Que la UE no quiere ser un agente global ha quedado sobradamente

.....

CURSO DE VERANO: “EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER”. 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:



demostrado y seguiremos acumulando evidencias en los próximos tiempos. El problema ahora es que quiera ser agente de sí misma, sujeto y no objeto de los acontecimientos que afectan a sus ciudadanos muy directamente. Es decir, si Europa quiere sencillamente ser. Si quiere mantenerse a través de la UE y del euro y seguir creciendo como la mayor zona de paz, prosperidad y estabilidad del mundo. Pero sin gobierno y sin un cierto umbral de unidad política y de solidaridad no habrá moneda, no habrá economía y no habrá Europa.

La Unión Europea ha sido durante mucho tiempo una hibridación y a la vez una pugna entre dos proyectos, el de una gran zona de libre cambio anglosajón y el de una federación política de matriz franco-alemana. Esto ya se acabó en el momento en que el segundo proyecto fue definitivamente desechado con la última ampliación de la UE, que significó el ingreso de diez países no muy bien preparados sin que se hubiera realizado el esfuerzo previo de reforma y acomodación de las instituciones a la nueva situación ni se hubiera profundizado en la unión política. Ahora somos una unión por defecto, no querida, fruto más de la pasividad y de la fatalidad que de decisiones y voluntades, y sin diseño alguno para el futuro. La crisis, sin embargo, nos convierte en algo más, en una unión por necesidad, a la que están obligados todos los socios si quieren incluso sobrevivir en cuanto a tales: finalmente hay un cemento que nos puede unir y que nos va a unir cuanto más próximo y verosímil aparezca la amenaza de regresión y disgregación.

Es difícil imaginar que el temor pueda convertirse en el motor que nos movilice en la actual fase de la construcción europea, pero probablemente la amenaza de una regresión que cuartee primero el continente y nos devuelva más tarde al mundo de los enfrentamientos y la guerra es lo único capaz de movilizar a gobiernos e instituciones en momentos especialmente difíciles como los actuales. Europa se ha hecho de crisis en crisis, pero ninguna de ellas ha tenido hasta ahora el tamaño de la actual, en la que las propias instituciones de la UE, Comisión y Banco central, se han visto súbitamente obligadas a cambiar las propias reglas de juego para sobrevivir.

Déjenme decirles, en el momento en que más invisible se hace Europa, que la única solución sigue siendo más Europa. Lo contrario, como sería el regreso a las monedas nacionales y a las devaluaciones competitivas, es el camino a ninguna parte. Pero no basta con avanzar en la gobernanza económica para que los europeos nos impliquemos y nos sintamos identificados con la Unión Europea. El proyecto derrotado por esa Europa de matriz anglo-sajona que se ha ido imponiendo por la fuerzas de los hechos y de las ampliaciones puede regresar súbitamente gracias a la crisis. Hace falta avanzar en la unión política, potenciar de nuevo las políticas de solidaridad y de cohesión social, romper el tabú de la fiscalidad común, y sobre todo, no dejar que sea la banca financiera y los hedge funds los que marquen el paso a los europeos. No basta por tanto un poco más de Europa, sino que necesitamos Europa en grandes dosis, mucha Europa, tanta como sea posible y menos Alemania, menos España, menos Francia o menos Polonia. Y con un propósito por obvio no menos necesitado de enunciación clara y contundente: una mejor Europa, mejor sobre todo para sus ciudadanos.

CURSO DE VERANO: "EUROPA EN EL S.XXI: SER O NO SER". 21-22-23 julio. 2010.

Colaboradores:

